

Giner y Cossío: Evocación obligada en el 98

INTRODUCCIÓN

En la conmemoración de aquella llamada por algunos Edad de Plata de la Cultura Española, etapa de efervescencia intelectual y política, como decíamos más arriba, los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, de una forma especial Francisco Giner y Manuel B. Cossío (aunque no sólo ellos, porque su magisterio, influencia y creaciones fueron abundantes y fecundos) no pueden quedar al margen, puesto que en aquella pequeña casa de la Institución (pequeña, pero luminosa e irradiadora de luz y sentido para una generación entera de españoles) se gestaron muchas de las más importantes reformas científicas y pedagógicas que dejarían una huella más positiva y fructífera en la moderna historia de España.

Al recordar este año un hecho tan significativo como es el de las múltiples crisis del final del siglo XIX y principios del XX, no podemos dejar en el olvido, pues, a la Institución y su espíritu renovador. Ella, a través de sus miembros más destacados, de sus ideales científicos, éticos y educativos, de su permanente actividad diaria, de su proyección en la vida pública española en aquellos años, se presenta hoy ante nosotros como una referencia obligada que nos incita a seguir reflexionando críticamente sobre el significado y el sentido de aquellas años tan decisivos para el posterior desarrollo de nuestro devenir histórico.

La postura de Giner y Cossío está profundamente conexiada con el espíritu del 98 y creemos que el institucionismo no se puede interpretar como un simple regeneracionismo que presentase un carácter parcial y limitado, económico, práctico, tecnológico o político, como podían ser los de Mallada, Costa o Picavea. Hay en los institucionistas una verdadera concepción metafísica y antropológica de la historia y del ser humano: Se da una perfecta armonía, una fructífera inter-relación entre religión y metafísica, antropología y ética, pedagogía y arte..., al servicio de una radical transformación del ser humano: Es preciso una verdadera revolución integral si queremos que España tenga solución.

Trataron, en definitiva, de hacer real en el mundo, a través del desarrollo de la razón científica, de la moral universal, de la educación convertida en obra de arte, el Ideal de la Humanidad, sabiendo sintetizar armónicamente la utopía con los hechos experimentales, el horizonte inalcanzable de la perfección con el estudio positivo de las ciencias, la teoría con la práctica, lo europeo con lo español, el arte selecto y de minorías con el arte popular, en el cual debe brillar, de igual forma que en el más refinado, la llama imperecedera de la Belleza eterna, que es Verdad y Bondad, en un eco indudable del pensamiento platónico.

Por otra parte, no apoyan como válida ninguna transformación social o política teledirigida por los poderes fácticos, impuesta «desde arriba», desde el Estado, ni tampoco «desde abajo», desde los movimientos de masas agitadas y descontroladas, sino que debe tratarse de una revolución interior, desde la raíz, aquella que proviene de zona más íntima y profunda de la persona social, revolución integral que intenta forjar hombres y mujeres de una sola pieza, que sepan gobernar con sustantividad su propia vida.

Finalmente, hemos de decir que su lenguaje lírico, poético, en ocasiones casi místico, que habla de España, sus paisajes y sus gentes, en un intento de recuperación de las prístinas aguas de nuestro ser, sin dejar por eso de zambullirnos en la corriente europea.

El presente artículo se inscribe en la línea del recuerdo y de la evocación agradecida de dos figuras emblemáticas y cumbres de las

crisis del final del siglo XIX y principios del XX, cuya actitud intelectual, moral y educativa creemos nosotros que aún puede sugerir mucho a los españoles de hoy, a los hombres y mujeres de nuestros días, a punto de entrar en un nuevo milenio apasionante y preocupante. Se trata de D. Francisco Giner de los Ríos y de Manuel B. Cossío, su discípulo, su amigo, el continuador de su obra.

Sin entrar aquí en el desmenuzamiento de su pensamiento filosófico y pedagógico, cuyo tratamiento lo hemos llevado a cabo en otros estudios, de una forma especial en nuestra tesis doctoral: Los fundamentos filosóficos que de la Institución Libre de Enseñanza. El Armonismo Integrador de Giner y Cossío, nos gustaría dedicar este artículo a analizar las identidades y los contrastes que aparecen en la personalidad, en el talante vital de estos dos grandes creadores.

Ambos son iluminadores de mentes y empuje de voluntades, sembradores en los espíritus que les siguieron de grandes ideales para la renovación y regeneración de su nación, innovadores de métodos activos plenos de actualidad, críticos de arte bien fundamentados, «misioneros» por los caminos de la España irredenta y miserable, hombres con responsabilidad social, que supieron luchar incansablemente por elevar el nivel de su patria a altas cotas de dignidad. Pocas veces, como en Giner y Cossío, pensamiento y personalidad han estado tan armonizados.

Ambos lucharon con igual fuerza, pero con distinta luz, con diferente acento, con brillo original, con peculiar fuego interior. Se complementaron, se iluminaron mutuamente y nunca se eclipsaron, ni aniquilaron.

También, en homenaje a los hombres del 98, cuya efemérides estamos celebrando, vamos a comparar brevemente la personalidad de Cossío con la de A. Machado. Unamuno e, incluso, con la de Ortega, que, aunque, como sabemos, no es autor del 98, sí es «hijo» brillante de esta fértil y singular Generación, a veces desenfrenada, alegría, más de representación fantaseadora que de verdadero goce, de ingenuo abandono».

I. GINER Y COSSÍO: COMPLEMENTARIOS

La unión de las dos vidas —vidas ejemplares— fue unión total, no sólo en el espacio y en el tiempo, sino en el sentido de la profundidad. «Fue», en palabras de Adolfo Posada,

«unión obra de la emoción y de afecto, en el goce del pan cotidiano, y para la cátedra, en el jardín de la Casa de la enseñanza, en las excursiones y viajes, y en el estudio de los libros... y de las cosas y de los hombres. Estos dos maestros que, con arte fino, nos acercaron a Europa, abriendo sobre Europa amplios ventanales por donde asomara el espíritu de las generaciones por ellos educadas, como pocos, penetraron en el alma española y, como nadie, enseñaron a esas mismas generaciones a amar y a gozar la España, fuente inagotable»¹.

Sin embargo, cada uno de ellos brilló con luz propia. D. Luis de Zulueta expresa con precisión el matiz diferencial que supo captar en Cossío:

«Si D. Francisco me pareció el filósofo, la fina cabeza rubia del Sr. Cossío se me antojó la de un artista, sobre todo cuando la inclinaba ligeramente sobre un hombro y entornaba los ojos entregando a la contemplación del paisaje. También era artista D. Francisco y también el Sr. Cossío era un pensador.

Pero, no obstante, en cada uno predominaba su nota propia, y aquella tarde el señor Cossío miraba el campo con la estética fruición del pintor, mientras que D. Francisco se abismaba en la naturaleza con una emoción religiosa.

Desde entonces, quizás un poco arbitrariamente, en aquel espiritual cenáculo de la pedagogía, el Sr. Cossío fue, para mí, el artista de la educación»².

1 Posada, Adolfo, «Un gran maestro español: Cossío», en *La Nación*, 19-5-1929.

2 Zulueta, Luis de, «Cossío artista de la educación», en *Revista de Pedagogía*, 165, Madrid, sept. 1936, pp. 399-400.

Maestro eminente, se complacía Cossío en quedarse en la penumbra.

«Al tratarlos más íntimamente, se advertía la fuerte personalidad del Sr. Cossío, muy distinta en el fondo de la de D. Francisco, aunque ambas se encontrasen en el mismo plano de espiritualidad»³.

Pero el Sr. Cossío, aun con rigurosa personalidad, era siempre filial discípulo, y no pretendía nunca la originalidad. Quien la pretende no la tiene. Quien la posee no la busca.

«Y en esa actitud recatada —en un temperamento, como de artista, tan brillante— encerraba no poco de delicadeza ética y de elegancia estética, y no fue una de la menores lecciones que dio en su vida el Sr. Cossío.

Sólo el que sabe ser perfecto discípulo, será a la vez excelente maestro. Quien recoge, siembra. Sólo el que sabe obedecer, sabe mandar. El que sabe enseñar, sabe también aprender»⁴.

En un palabra, Cossío y Giner se complementaban tanto, que no podían vivir el uno sin el otro, según asegura Juan Uña, en su artículo «El Sr. Cossío», aparecido en el BILE, 1935.

«Tan se completaron, que D. Francisco Giner, el alma mejor templada, la personalidad más vigorosa, el carácter enérgico, la voluntad férrea, tenía su debilidad: no podía vivir sin Cossío, ni para lo grande ni para lo chico. Cossío era su creación, era su otro yo, y sin parecerse en nada y acaso por eso mismo, era la encarnación viva de su ideal humano. Si a D. Francisco le hubieran preguntado: ¿Si usted no fuera usted, quién querría usted ser?, yo estoy seguro de que hubiera contestado sin vacilar: Cossío»⁵.

3 *Ibidem*.

4 *Ibidem*, p. 400.

5 Uña, Juan, «El señor Cossío», BILE, 1935, p. 195.

Su unión espiritual fue de una complejidad y de una delicadeza de matices extraordinarias.

«Toda la pasión del amor filial más acendrado, toda la veneración del devoto, la admiración del discípulo, la confianza íntima del amigo, la compenetración del cofrade, la fusión en un ideal común, la labor coordinada para un fin. Pero la personalidad dominante y avasalladora de D. Francisco no borró nunca, ni desdibujó siquiera en lo más mínimo, los trazos vigorosos y acentuados de la personalidad de Cossío. No se parecieron en nada, eran dos tipos opuestos de hombre, y se complementaron para todo. Y es algo misterioso cómo un espíritu puede tomar tanto de otro, como el Sr. Cossío tomó de D. Francisco, y que ese mismo hecho, en lugar de confundirlos, sirviera para depurar más y más, y robustecer, su personalidad y modo de ser natural»⁶.

Joaquín Xirau, que tan bien los conoció, nos expone perfectamente delimitadas las diferentes concepciones que ambos tenían sobre la naturaleza, sobre el arte, sobre la vida, y, a través de ellas, sus diferentes temperamentos. La cosa parecía sencilla (y estamos glosando a Xirau): Se trataba de ver si, para llegar al más complejo e íntimo goce de la naturaleza, había que fundirse con ella, o, por el contrario, había que contemplarla desde una ventana, encuadrándola, convirtiéndola en paisaje e impregnándola de espiritualidad y sentido. Nos imaginamos al maestro y al discípulo, ante uno de los más bellos lugares de la Sierra madrileña, desde donde se destaca con delicado primor la grandeza del paisaje castellano. Giner, andarín, que corría como un niño, que se tendía al sol, que subía a los árboles, que se bañaba en el agua helada de los estanques, defendía que el goce artístico no se puede separar de la íntima compenetración del hombre con la naturaleza, con las fuerzas divinas; para Giner, el goce

6 *Ibidem*, pp. 194-195.

surgía al sentirse parte integrante de lo infinito, de lo inmenso, al ponerse en presencia de Dios.

«A la clásica contemplación, oponía Giner la íntima fruición propia de una religiosidad romántica... Es el sentido íntimo de *El cántico espiritual* y de toda la obra maragalliana»⁷.

Cossío, para quien también la naturaleza era maravillosa y divina, enfocaba la cuestión bajo otro punto de vista más estético y elaborado.

«La emoción artística se halla en lo concreto individual. Es preciso encuadrar la naturaleza, considerarla desde un punto de vista o perspectiva, darle el sentido que le presta al marco. A través de la ventana, la naturaleza muda se convierte en paisaje, adquiere sentido y fisonomía propios, se impregna de espiritualidad. El goce se cifra en la pasividad de la contemplación»⁸.

Para Cossío sólo somos capaces de gozar cuando contemplamos el paisaje o la obra de arte con los ojos impregnados de toda belleza acumulada por la tradición artística.

Observamos, pues, que esta actitud ante el arte y la naturaleza marca con especial vigor las diferencias esenciales entre ambas personalidades:

«Ambos amores —el de la naturaleza y el del arte— se hallan en el centro de la vida de ambos. Pero para Giner la naturaleza —lo divino— estaba en el centro. Para Cossío el goce de la naturaleza es resultado de una larga elaboración espiri-

⁷ Xirau, Joaquín, *Manuel B. Cossío y la Educación en España*, El Colegio Mejico, Méjico, 1945, p. 91. Cuenta Navarro Alcácer (BILE, 2.ª época, n. 6, 1988, p. 19) que un día, en Toledo, cuando él expresó el goce espiritual que le producía una vista a través de una ventana en el Hospital de Santa Cruz, Cossío le respondió: «Es el efecto del marco». Toda una teoría estética.

⁸ *Ibidem*.

tual. El arte condiciona la naturaleza. Y es que Giner es un espíritu esencialmente moral y religioso. En el alma de Cossío, todo —moralidad y religiosidad— se halla matizado por el resplandor de la belleza»⁹.

Preguntaba un día Cossío a uno de sus discípulos predilectos, si prefería la naturaleza o el arte. Al contestarle el discípulo que la naturaleza, replicó Cossío:

«Esto no es posible. Esto es un privilegio de madurez. Sólo cuando el arte se ha incorporado a la naturaleza es posible llegar a sentir a ésta como superior a aquél. Entonces sí. Cuando somos capaces de ver la naturaleza con los ojos impregnados con toda la belleza de la tradición artística, entonces sí, la naturaleza llega ser lo supremo. Para llegar a ver a Dios en la naturaleza es precisa una larga serie de ejercicios espirituales»¹⁰.

Y más adelante nos sigue diciendo Joaquín Xirau (*op. cit.*, p. 197).

«Sentía la belleza del paisaje y del arte con una intensidad y delicadeza inusitadas y la hacía sentir a todos los que se le acercaban y los educaba en aquel amor. Una vez más: arte y naturaleza en su más íntima compenetración. El arte como preparación, como descubridor y recreador de la naturaleza. Sólo llega ésta a la forma plenaria mediante la penetración y la inflamación del espíritu. La naturaleza es apenas nada con anterioridad al arte. Sólo llega a igualarlo y aun a superarlo mediante su previa incorporación».

Otras diferencias también existían. Cossío tenía el ademán suave de padre bueno, con cierta melancolía, que sabe albergar al interlocutor. Giner era menos cadencioso y más bravió. Cossío puso en el pla-

9 *Ibidem.*

10 *Ibidem.*

tillo más sensibilidad artística y no concedió tanta importancia a la pura filosofía ni a la enciclopedia de las ciencias. Cossío, alma sensible, apta para reflejar bellezas y para realizar acción social fuera de la ILE, se inclinó profundamente hacia la Pedagogía y el Arte. A Giner, a fuerza de desuso, se la había atrofiado los enlaces con cuento sonara a Administración, y había roto los lazos con un realidad convencional y viciada. Cossío ya no actuó así: examinaba, como cualquier catedrático, y acepto ser Consejero de Instrucción Pública. Aunque algunos piensan que fue un error dedicarse a elaborar informes, y a formular votos particulares, puramente testimoniales, que no lograron cambiar radicalmente la situación de la enseñanza, sin embargo, la medida de Cossío, su equilibrio, su interés y conocimiento de la vida universitaria y educativa fueron influyendo poco a poco en la lenta evolución de nuestra situación. Como dice Lorenzo Luzuriaga:

«Aunque sus informes no han sido, por ahora, aprobadas, constituyen orientaciones preciosas para el porvenir»¹¹.

Ambos, Giner y Cossío, eran seductores de voluntades. Giner y Cossío juntos, pero diferentes en su personalidad y en su acento.

«Giner tensaba las mentes y labraba a fuego los ánimos juveniles en la entrevista íntima que decidía de una vocación y de un porvenir»¹².

Cossío trazaba en el Museo Pedagógico y en la Institución Libre de Enseñanza nuevas formas de educación y de estética de una manera tolerante y convincente.

Muchos jóvenes de aquel momento descubrieron, gracias a Cossío y a Giner, un cúmulo de valores desconocidos hasta entonces,

11 Luzuriaga, Lorenzo, «Don Manuel B. Cossío», *Revista de Pedagogía*, Madrid, n. 86, Año VIII, febrero 1929, p. 50.

12 Castro, Américo, art. cit. en Rev. citada, p. 386.

tales como la maravillosa Sierra y su poder educativo, la visita a los Museos, la investigación en los laboratorios. España era un desierto, en donde, con palabras de Menéndez y Pelayo,

«no había más química que la de los farmacéuticos, ni más física que la de los ingenieros navales». Los hombres eminentes que, como siempre, brotaban alguna vez, vivían sueltos desaparecían sin dejar rastro»¹³.

Giner y Cossío conciben la idea audaz de reunir a los escasos hombres de valía que daban su fruto, a pesar de la Universidad y su ambiente poco favorable,

«y proponen al estado que utilice y acreciente tales fuerzas, disponiéndolas en eficaz caída sobre aquellos elementos juveniles que fueron aptos para la tarea superior. Y a eso se debe —no diré que todo— pero sí la parte mayor y más decisiva de la que hoy es España como entidad humana y de cultura»¹⁴.

Si se le hubiera preguntado a Cossío. o a Giner, que habían recibido cada uno del otro, expresa Xirau su segura respuesta:

«Si se la hubiera preguntado a Cossío, hubiera dicho, con entera sinceridad, que Giner no le debía nada, que todo lo había recibido de él. Si se la hubiese preguntado a Giner, afirmarí resueltamente que una gran parte de su pensamiento, de su vida y de su obra se le debía a Cossío, que sin la presencia de éste una buena parte de su vida carecería de sentido y de explicación»¹⁵.

¡Maravillosa interrelación de estos dos grandes hombres!

13 *Ibidem*, p. 391.

14 *Ibidem*, pp. 391-392.

15 Xirau, J., *op. cit.*, pp. 88-89.

Cossío, ante todo, se sentía discípulo de Giner. A él se lo atribuía todo. Iba a sus clases (también Giner iba a las de Cossío, tomaba apuntes en silencio y luego dialogaban), lo escuchaba siempre, captaba de D. Francisco lo mejor de su espíritu. Desde que murió Giner (lo vimos en el estudio de su vida) anduvo más o menos enfermo, y preocupado por la enorme carga que había heredado.

Sin embargo, como venimos diciendo, había diferencias:

«El imperativo moral aparecía de un modo más ostensible en Giner. A la vida se viene para misión, solía decir. El sentido misionero otorgaba a la acción un cierto carácter de severidad. La vida no es trágica ni es cómica. Es simplemente seria. Idéntico imperativo se hallaba incorporado al alma de Cossío, y era nervio de su pensamiento y de su conducta. Pero aparecía pudorosamente recubierto por un manto de gozosa belleza»¹⁶.

Giner era parco en el elogio y violento en la censura. «Era como Dios», exclamaba Cossío. Cossío era la obra de arte, la obra maestra de Giner. Giner tenía una gran debilidad por las gentes puras y veía en Cossío la encarnación de la pureza gozosa y libre. Cossío era vigoroso, bien formado, viril, puro y casto, pero sin fariseísmos. Giner se lo consultaba todo. Les gustaba discutir en un clima de amistad y de libertad. Cuenta Xirau que ambos sintieron gran dolor (ya lo vimos al hablar de los krausistas y Giner) cuando tuvieron que separarse de la iglesia. Cossío siguió siendo cristiano, pero no miembro de la iglesia romana («Si no me quieren, si no me quieren», Xirau, p. 89). Su sentimiento religioso se hizo más puro y profundo.

Giner era más activo, con largos paseos, mientras Cossío, más meditativo y contemplativo, se quedaba en casa y recibía, luego, las recriminaciones cariñosas de D. Francisco porque no paseaba más.

16 *Ibidem*, p. 90.

Cossío era artista por encima de todo, tanto en el decir, en el pensar, en el vivir, en el hacer. En ambos la moralidad y el arte se complementan, pero en Giner la ética ordena y dirige la actividad artística, y en Cossío la actuación moral se traduce en belleza.

A pesar de la indudable homogeneidad filosófico-educativa entre Giner y Cossío, ocuparon lugar diferente en el proceso de regeneración de España. Así lo sintetiza L. Luzuriaga.

«Giner es esencialmente universitario; el Sr. Cossío, sin dejar de serlo, se dirige más los estudios primarios. Aquel es más teórico, más filósofo, más escritor, mientras que éste es sobre todo, educador, artista, maestro. D. Francisco actuó sobre todo en su cátedra en la Institución, en tanto que Cossío, por su cargo oficial en el Museo Pedagógico, tuvo una mayor intervención en la enseñanza pública»¹⁷.

La historiadora francesa Ivonne Turin habla así de las relaciones de ambos pedagogos:

«Los dos tenían en el mismo gusto por los contactos humanos; una misma delicadeza, igual sensibilidad para las manifestaciones artísticas, los unían. Sin Giner fue siempre un jurista, Cossío, con gusto estético, se especializó en estudios artísticos... El círculo en que se movieron Giner y Cossío era el mismo sensiblemente. Sin embargo, las tareas más variadas a las que Cossío consagraba sus fuerzas lo ponían en contacto con un ambiente más extenso u más diverso también... La actividad de Cossío tenía algo de más práctico y de más realizado que la de Giner. «Giner fue el profeta» (cita aquí Turin a Pijoan, en su obra *Mi don Francisco*). «Cossío fue su director y primer obrero... Más indulgente quizá. El espíritu de Cossío adoptó una actitud más paciente —quien sabe si, en el fondo, más heroica— mante-

¹⁷ Luzuriaga, Lorenzo, Citado en la *Antología Pedagógica* de Cossío, preparada e introducida por Jaime Carbonell, MEC, 1985, p. 19.

niendo contacto continuo con todos los órganos universitarios». Finalmente, tampoco el espíritu de Cossío era dado a la sistematización. Escribió aún menos que Giner, aunque su estilo gana en precisión lo que Giner gastaba alguna veces en noble indignación»¹⁸.

L. Torres Balbás, que fue discípulo de Cossío, hablaba así de las dos personalidades estudiadas:

«La personalidad de D. Francisco era tan desbordante y tan avasalladora, que Cossío, conservando» la suya como *refoulè*» (en francés en el texto), se había habituado a vivir un poco a la sombra del maestro. Su personalidad era también muy grande, pero de otro tipo; esquivaba la lucha que D. Francisco buscaba y que era su elemento. Impulsado alguna vez por una gran pasión, siempre noble, podía ser injusto. Cossío era la indulgencia personificada, con una gran comprensión para las debilidades humanas»¹⁹.

Quizá uno de los retratos más perspicaces que se han escrito de Giner y Cossío es el titulado *Un artículo olvidado. Giner y Cossío*, de Pío Baroja. Los dos eran, para D. Pío, hombres de espíritu franciscano, que tendían, en un país como el nuestro, áspero y de dogmatismos violentos, hacia una obra de paz.

«Ninguno de ellos tuvo un sistema único y cerrado de filosofía o pedagogía. Eran hombres más bien de una tendencia sincrética que pensaban y querían aprovechar diversas teorías y principios en un sentido pragmatista. Esto es lo que menos perdona el fanatismo. Acepta al enemigo violento, al que se niega y al que lo insulta; pero al que lo reconoce en gran parte,

18 Turín, Yvonne, *La educación y la escuela en España desde 1974 a 1902*, Ed. Aguilar, S. A., Madrid 1967, pp. 193-194. Cita de Pijoán en la nota 53 de las pp. citadas.

19 *Ibidem*, nota 54 en la p. 193.

a este no lo acepta, a ese lo odia, y su existencia sólo indignación le produce»²⁰.

Cuenta, luego, Pío Baroja la negativa de ambos maestros a inmiscuirse en «una guerra fiera contra los Poderes constituidos», con motivo de los registros y detenciones que el Gobierno estaba realizando tras el atentado de Morral. No era ese el estilo de Giner y Cossío.

Después, explica Pío Baroja, vio varias veces a Cossío en el estudio de Sorolla, acompañado de Giner. Uno y otro le decían:

«Usted tiene algo de la violencia del Greco... Se ve que es usted de la raza de la San Ignacio de Loyola»²¹.

Tanto Giner como Cossío tenía condiciones de simpatía y captación. Por eso, algunos enemigos,

«hostiles a su obra y a ellos, los llamaban los jesuitas de la acera de enfrente. La obra de ambos, más personal quizá que ideológica, como la de algunos antiguos maestros griegos, ha tenido una gran influencia en la cultura española, y no es muy seguro que sus antiguos adeptos y discípulos hayan podido heredar, con sus ideas, sus modos de obrar humanos y su hostilidad por la violencia y por las concesiones dogmáticas»²².

II. COSSÍO AL TRASLUZ DE MACHADO, UNAMUNO Y ORTEGA

Sería imposible estudiar aquí las personalidades y talentos de todos los grandes hombres que Cossío trató, comparándolos, luego, con el carácter y la propia personalidad del maestro castellano. Ya

20 Baroja, Pío, «Giner y Cossío», en *El Sol*, 3 sept. 1935.

21 *Ibidem*.

22 *Ibidem*.

hemos visto cómo fue dejando luz y sabiduría a través de toda su vida y de todas sus palabras, y cómo, al trasluz de otros personajes contemporáneos, se fue agigantando su figura hasta límites de grandeza insospechados. Vamos sólo a subrayar algunos contrastes muy elementales entre Cossío y Machado, Cossío y Unamuno, y Cossío y Ortega. Para estudiar en toda su extensión las posibles conexiones y contrastes entre estos cuatro grandes españoles, harían falta otras tantas tesis o investigaciones, que, a buen seguro, resultarían muy sugestivas y esclarecedoras.

Sería imposible llevar a cabo aquí un estudio minucioso de lo que Antonio Machado pudo reflejar en su personalidad de la herencia recibida de la ILE, en general, y de Manuel B. Cossío, en especial. Hemos ido viendo a lo largo de nuestra Tesis que debió ser mucho el positivo influjo institucionista; sin embargo, no por eso sería lícito identificar ambas personalidades. Machado se sintió siempre discípulo de Giner y Cossío, y ya hemos contemplado el fervor y el cariño con que los evoca constantemente.

Aparte de los múltiples y valiosísimos estudios que se han realizado en torno a la figura y a la filosofía de Antonio Machado, es de imprescindible lectura para el problema que ahora nos ocupa, el número especial homenaje a Antonio Machado, que la «Fundación Giner de los Ríos» ha publicado recientemente (BILE, junio de 1989), en el que se estudian las relaciones y contactos de Machado con los institucionistas.

Nosotros vamos a elegir un texto de Antonio Sánchez Barbudo, «Antonio Machado y la Institución Libre de Enseñanza» (*Rev. cit.*, pp. 52-71) para contrastar dos caracteres radicalmente «buenos», con capacidad de mirar —incluso en la vejez, enfermos y abatidos— hacia afuera, hacia adelante, hacia los otros, en un empeño de esperanza, contra esperanza, en el porvenir español, y en la recuperación de la moral nacional:

«... Con todo, hay que decir que Machado no era, y menos parecía, un «institucionista». Claro es que seguramente hubo, y habrá todavía, muy diversas clases de institucionistas. Yo cono-

cí a algunos superficialmente..., pero sólo hablé a menudo y tuve cierta amistad con uno, el principal, Manuel Bartolomé Cossío».

Sigue contando Sánchez Barbudo su primera entrevista con él y la amabilidad con que lo recibió. Le pidió a Cossío salir con las Misiones Pedagógicas y el maestro se lo prometió. Efectivamente, la experiencia «misionera» le encantó y volvió a visitar a Cossío siempre que acababa una de aquellas vivencias quijotescas por los pueblos de España.

«Hablé, pues, con él frecuentemente durante unos tres años. Me recibía en su cuarto, sentado en la cama, pues estaba prácticamente inválido; pero siempre le vi yo limpio, con las mejillas sonrosadas, sonriente y tranquilo» (p. 70).

Cossío, dice el autor, se interesaba por España, por sus campos y aldeas, por sus hombres. Preguntaba mucho y quería saber detalles: qué hacíamos, qué decíamos, cómo nos recibía la gente y qué clase de relación establecíamos con jóvenes, niños y viejos.

«Con su barba gris plateada, pulquérrima y puntiaguda, tenía el aspecto de un caballero de "El Greco". Pero sus ojos no eran negros ni en ellos se leía ningún «dolorido sentir». Sus ojos eran azules, y con su sonrisa y límpida mirada —tan inteligente, tan llena de benevolencia y comprensión— lo que se percibía era más bien inocencia, confianza, una casi infantil alegría (p. 70).

Escribe Sánchez Barbudo que a Machado lo vistió bastante, durante los años 1936-1937, cuando el narrador era secretario de Hora de España. Vivía Machado en Rocafort (Valencia) en un chalet cercano al mar, con su madre, su hermano José, la esposa de éste y tres sobrinas jóvenes.

«Yo iba a verle más bien por gusto, con el pretexto de hablar de la revista, recoger originales, llevarle pruebas de imprenta y demás» (p. 70).

Estaba bastante envejecido y en su atuendo se advertía mucho ese «torpe aliño indumentario» al cual él ya se refería en su *Retrato*. Pero, sin embargo, no dejaba de tener un cierto aire señorial: algo de gran señor arruinado. Recibía al autor en la sala-comedor, acompañado casi siempre de su hermano José, hombre algo tímido e inhibido, que permanecía a su lado, callado y sonriente.

«Y por los esfuerzos que Machado hacía, en forma discreta y delicada, para que su hermano no quedase del todo excluido de la conversación, olvidado, así como por la dulce y lenta mirada que a veces dirigía a su muy anciana madre, algo senil ya, la cual a veces se acercaba hasta nosotros en silencio, me daba yo muy bien cuenta de su mucha bondad y la ternura de su corazón (p. 70).

Machado parecía tranquilo, algo cansado, pero solía animarse pronto. Y a veces se agitaba y elevaba la voz, debido a algo que había surgido en la conversación y lo excitaba.

«Era entonces como si un fuego contenido, interior, se hubiera desbordado. Mas en sus palabras, serenas o no, pude yo percibir más de una vez como un esfuerzo por querer sobreponer, a la pena y la desesperación, la esperanza» (p. 71)

Tal vez, aquella fuerza interior por sobreponerse, por mantener, a pesar de todo, la paz, el sosiego, la elegante dignidad; aquella señorial actitud ante el dolor y la enfermedad, sean alguno de los rasgos más evidentes que Machado presentaba, recordando a su maestro.

El talante de Unamuno y Cossío eran diferentes. Unamuno monologaba, mientras que Cossío dialogaba y se comunicaba. El uno era individualista, desbordante, imponente; Cossío, en cambio, era comunitario, abierto, tolerante, fiel a sí mismo y a los demás. Joaquín Xirau dice de ellos:

«Cossío se hallaba siempre orientado por una unidad ideal llena de consecuencia y de perseverancia. Unamuno era capaz

de deshacer a una persona o a una institución con una simple frase circunstancial. Era una personalidad agreste e intempestiva. En Cossío ocurría todo lo contrario. Toda su vida era matiz, espíritu de convivencia y de comunión. A pesar de todo tuvo Unamuno el respeto más acendrado por los hombres y las cosas de la Institución y los visitaba con frecuencia. Por Cossío el afecto se hallaba doblado de ternura. Sabía perfectamente su valor y su eficacia en la obra de restauración de la España contemporánea»²³.

Cossío y Unamuno tuvieron amistad, pero nunca intimidad. Con Ortega había una cierta incompatibilidad de caracteres.

«Entre Giner y Cossío, de una parte, escribe Jiménez Landi, y Ortega, de otra, existen claras divergencias, no sólo en materia filosófica, sino también de estilo. Cossío teme que el literario de Ortega, a veces buscado y sensacionalista, se convierta, a partir de sus posibles seguidores, en pura pedantería. Tampoco las aseveraciones del filósofo, en muchas ocasiones tajantes, gustan a los hombres de la Institución. A su vez, Ortega no estima suficientemente la obra filosófica de Giner, "la persona más compleja que he conocido", según me declaró en alguna ocasión, para apostillar: "Pero ójala hubiera habido muchos D. Franciscos"»²⁴.

Ortega, distinguido, tuvo siempre una actitud de cordialidad con aquellos hombres de la ILE, y, de alguna forma, intentó continuar su obra, aunque fueses en otro plano. Siempre los respetó. En Ortega hay un cierto predominio de lo social, lo cerebral, lo aristocrático, cierto afán de «rumbosa prestancia». Esto le impedía una perfecta compenetración con aquella comunidad austera, moral y religiosa. Afirma Joaquín Xirau, a este respecto, que la obra de Ortega está sem-

23 Xirau, Joaquín, *op. cit.*, p. 100.

24 Jiménez Landi, A., *op. cit.*, pp. 40-41.

brada de «protestas» más o menos inconscientes contra aquel ambiente de recogimiento y de austeridad. «Así, por ejemplo, el considerar como ostentación farisaica el afán de viajar en coches de tercera». Había en Ortega una cierta ambivalencia entre su admiración ferviente y sincera, por una parte, y una cierta reacción despectiva ante los «pobrecitos de D. Francisco».

Cossío temía que se produjera junto a Ortega una grave desviación de la juventud estudiosa. Así los expresa Xirau:

«Era posible que su presencia, al lado de grandes bienes, trajera consigo serios males. Lo que en Ortega eran deformaciones compensadas por su vigorosa personalidad, su mentalidad excepcional y su talento de escritor, podía fácilmente convertirse en los epígonos en grave defecto de formación intelectual y moral: afectación, afán de notoriedad, petulancia, sensacionalismo, carencia de carácter moral, «señoritismo»... Y en los mejores, una trágica desarticulación de la personalidad dividida entre los afanes más nobles y las más insensatas aberraciones»²⁵.

Cossío, pues, valoraba la enseñanza de Ortega, admiraba su

y moderno, desde Lull, Luis Vives y San Juan de la Cruz, hasta Giner y Unamuno»²⁶.

Tanto Cossío como Ortega habían sentido profundas y afortunadas coincidencias en relación con la regeneración de España, pero mientras Cossío fue todo humildad y discreción, Ortega era acontecimiento sensacional, ostentosa actuación en pro, eso sí, de la racionalidad y del desarrollo intelectual de los españoles.

Aparte de Unamuno y Ortega a otros muchísimos personajes podríamos ponerlos en relación con Cossío. Ya hablamos en su biografía de la influencia de la familia Riaño en la formación artística de Cossío. Acudía éste, semanalmente, al hogar de los Riaño, penetrado de los hábitos y las tradiciones inglesas, sencillo, abierto, delicado, refinado en sus detalles, ambiente aristocrático, pero exento de frivolidad. El influjo de aquel matrimonio pesó poderosamente sobre Cossío y sobre la ILE. Las visitas a El Pardo, Toledo, la Sierra... se hicieron frecuentes. Especialmente Toledo se convirtió en el centro de preferencias de Cossío, ya que aparecía ante sus ojos, como nos cuenta Xirau,

«como la ciudad en la que, por la profundidad de su dimensión histórica, aparecen todos los estratos de la civilización española, y por ser el foco principal de la obra de El Greco»²⁷.

Otra persona por la que sentía especial devoción Cossío fue doña Concepción Arenal.

«A esta mujer extraordinaria debía Cossío el sentimiento insobornable de la justicia. La ternura se estilizaba en ella en una profunda emoción de justicia universal. La presencia de aquella dama constituye uno de los factores esenciales de la formación espiritual»²⁸.

26 *Ibidem*, p. 102.

27 *Ibidem*, p. 96-97.

28 *Ibidem*.

Personas de todas las regiones españolas pasaban diariamente por la Institución y todas intentaban hablar con Cossío, y antes con Giner. Nos lo dice así Natalia Cossío:

«Era una casa viva, llena de amigos nuevos, jóvenes y antiguos. Había invasiones catalanas con Pijoan a la cabeza, entonces joven encantador: invasiones alicantinas con los hermanos Soler; sevillanas, extremeñas, leonesas con D. Francisco Sierra Pambley, fundador de tantas escuelas en la provincia de León y en la de Zamora... y el gran grupo asturiano que en los últimos años ya estaba en Una Madrid, como Posada, Buylla, Altamira, Sela...

Una casa así no creo que haya existido jamás en Madrid y sobre todo en aquellos años entre 1900 y 1915, cuando murió D. Francisco. Aquel día vi entrar en la casa a tantos desconocidos para mí, hombres hechos y derechos llorando...»²⁹.

Describe Jiménez-Landi la sala de estar de Cossío, y, a través de ella, el carácter elegante y modesto, al mismo tiempo, del maestro.

«Era un hombre austero, que impulsaba al goce legítimo; transigente, humano, comprensivo, responsable, y algunos de estos rasgos de su psicología se reflejaban en el aspecto del propio hogar. La sala nos puede servir de ejemplo. En ella conservaba algunos muebles de D. Francisco: el piano, la mesita baja, el tresillo tapizado con telas populares de colores vivos, el sillón "Voltaire", un armario bajo, de pino, pintado de ocre; el sofá y las sillas con asientos de anea. Pero junto a este ajuar muy sencillo, de clase media, se podían ver dos paisajes de Berueto: la sierra de Guadarrama y Toledo, y un boceto, y dos retratos de Sorolla: el de Giner y el suyo. Y lo curioso es que el contraste no desentonaba, sino que ponía en la habitación el sello de

²⁹ Cossío, Natalia, «Mi mundo desde dentro», en *Centenario de la ILE*, Ed. Tecnos, Madrid 1976, p. 17.

quien lo vivía: austeridad, por una parte; calidad y belleza, por la otra. También aquí Cossío supo armonizar el arte con la modestia material. Allí, junto a la mesa frailerá, aparecía la talla de San Juan ante la cruz gótica del siglo XIII, los pañitos de tejidos populares, la jarra de loza, con un ramo de jaras o de cantuesos de la Sierra o del Pardo... Siendo todo tan castizamente español, parecía, al profano, que penetraba en un hogar extranjero» («Nueva síntesis, de lo español y lo foráneo, a través del ajuar de un salón», en Manuel Bartolomé Cossío, *Una vida ejemplar*, Alicante, pp. 13-14).

Giner y Cossío, tuvieron en aquella casa un contacto inmediato con los más finos estados de conciencia de grupos y regiones de toda la península. Continúa Natalia Cossío:

«Estos variados encuentros, escribe mi marido, empezaban muy de mañana en el comedor que Giner y Cossío compartían.

Invitadas al desayuno siempre había algunas personas cuyos consejos y opiniones se deseaba oír. La conversación se prolongaba animada y densa hasta el último minuto en que había que salir a emprender las tareas universitarias. Muchas veces este temprano yantar era como una revelación para algún joven recién llegado de provincias y a quien el aspecto del cuarto, la mesa y los mismos manjares iniciaban en mil secretos peninsulares».

«Aquí todo es de algún sitio, decía un poeta catalán —por cierto, Pijoan, más conocido como crítico de arte— y es que sobre mantelerías de Padrón veía vidrios catalanes y fuentes de Alcora y le ofrecían pan de Colmenar, cecina y manteca de Villablino y unas afreitas gallegas de las Mariñas de Betanzos. Lo atractivo era que el despliegue de productos naturales e industriales españoles no era didáctico, ni encubría afectación alguna, sino natural respuesta al continuo contacto y cordial atención que aquellos hombres mantenían con la vida entera española. El amor exagerado (si así puede calificarse) de estos

hombres por cuanto con España se relacionaba hubiera podido caer en estrecho nacionalismo de no mantenerse en íntimo contacto con los estímulos de fuera, tomando de ellos cuanto pudiese enriquecer los valores españoles»³⁰.

GINER y COSSÍO, viejos y entrañables maestros, ejemplos vivos de virtudes y entrega a la siempre permanente empresa educativa. Ellos tuvieron idéntica vocación, pero sus personalidades, complementándose armónicamente, eran diferentes y luminosas. En nuestra actual situación, sus gestos y sus palabras aún perviven.

JOSÉ L. ROZALÉN MEDINA
Catedrático y Doctor en Filosofía
y Ciencias de la Educación.
Prof. de Antropología
Universidad de Alcalá de Henares

³⁰ *Ibidem*, p. 15. Para estudiar la influencia y contacto de Cossío y la ILE con España y América. Cf. *Un educador para un pueblo*, pp. 263-303, y *Rev. Bordón*, n. 25, 1985, pp. 413-419.